



Desde

10

años

PLANETA

ROJO

EL RÍO DE LOS CASTORES

(Cuento real, aunque
bañado por la más
desesperada fantasía)

FERNANDO MARTÍNEZ GIL

ILUSTRACIONES EVA SÁNCHEZ GÓMEZ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Eva Sánchez Gómez

Ilustración de cubierta: Eva Sánchez Gómez

© 2012, Fernando Martínez Gil

© 2012, Eva Sánchez Gómez

© Editorial Noguer, S. A., 1980

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3138-3

ISBN 10: 958-42-3138-3

Primera impresión: junio de 2012

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Muestra sin valor comercial

FERNANDO MARTÍNEZ GIL (biografía)

Nace en Toledo en 1956. Cursa estudios de Filosofía y Letras y es licenciado en Historia Moderna y Antropología de América. En 1979 se le otorgó el Primer Premio Nacional de Literatura Infantil, siendo esa la primera vez que participaba en un certamen literario. En 1986 se le concedió el Premio Lazarillo por su obra *El juego del pirata*. Recientemente ha publicado *La isla soñada* (1991), *El verano de la linterna mágica* (1995) e *Historia de un libro* (2001).

*A mi padre, sin cuyo apoyo
no existiría este libro*

Decir: «Soy realista»
es muchas veces reconocer
la propia cobardía.
¡Siempre adelante! Esta es
la única esperanza.

ÍNDICE

Capítulo 1.....	13
Capítulo 2	27
Capítulo 3	35
Capítulo 4	41
Capítulo 5.....	51
Capítulo 6	63
Capítulo 7.....	71
Capítulo 8	87
Capítulo 9	101
Capítulo 10	113
Capítulo 11	125

1

Había una vez un largo río de límpidas y claras aguas que, andando, andando, atravesaba un inmenso bosque; tan inmenso que a ninguno de sus moradores se le había ocurrido pensar que pudiese tener límites. El río gustaba de ser arropado por el follaje que por todas partes acariciaba la superficie de sus aguas tranquilas. Y todo el bosque se beneficiaba de aquella fuente de vida que lo alimentaba. A sus márgenes acudía una infinidad de seres, desde las diminutas libélulas a los pesados osos. Aquietaba entonces el río sus aguas y dejaba que todos sin excepción aliviaran su sed en sus plácidos y callados remansos.

El río era la armonía del bosque, y a la eterna le-
tanía que entonaba con su dulce voz respondían con amor todos los seres que se cobijaban en su seno. Él era también el que imponía la forma de vida, ya re-

duciendo sus aguas en la estación seca, ya anegando las raíces monumentales de los gigantes del bosque cuando comenzaban las grandes lluvias. Su más que respetable anchura le hacía ser asimismo la ventana del bosque. El sol, que no podía penetrar en ninguna parte a causa de la espesura de las copas de los grandes árboles, llegaba sin ningún obstáculo hasta tocar con sus rayos las frías aguas, que se tornaban así templadas y acogedoras. Por eso todas las tardes, al igual que sus entrañas repletas de peces saltarines, sus riberas bullían de vida. Podía verse allí al oso, solazándose y rascando su espalda contra un árbol de cuando en cuando; al miope topo, empeñado en hacer mil agujeros; a una pandilla de nutrias o a la astuta comadreja, deslizándose entre los juncos. Y no faltaba el lince, que lameteaba tranquilamente el agua, ni los asustadizos cervatillos, ni las ranas alborotadoras.

Pero si alguien había que pudiera compenetrarse completamente con el río, ese era el castor. Moi lo pensaba así mientras trabajaba en la presa del centro de la corriente.

—Sí —se dijo más tarde, mientras veía a sus hermanos divertirse en las aguas, una vez terminado el trabajo—. ¿Quién podría decir lo contrario? El río es

mi mejor amigo y él también me quiere. ¿Quién, si no yo, entiende su voz y le habla?

En efecto, nadie quiere al río más que Moi, el castor.

Llegó la primavera y la vida siguió su curso. Moi continuaba trabajando en su presa al lado de sus hermanos. Se bañaba luego alegremente e iba en busca de comida, después de lo cual gustaba de adormilarse a la sombra de los chopos. Cuando caía la tarde con esa languidez que era peculiar en el bosque, se dirigía a la orilla y dejaba que las aguas acariciaran su piel. Era entonces cuando hablaba largo y tendido con su amigo el río, con voz queda para que nadie pudiera penetrar en sus corazones. Nunca pudo olvidar Moi esas largas charlas en la tarde quieta. Envuelto en la soledad del callado remanso, sentía una gran paz cuando escuchaba el murmullo del «Gran Hermano», el río.

Caía la noche y el bosque latía con sus mil corazones. Clamaban los grillos, y aquí y allá alborotaban las escandalosas ardillas, o se oía el canto de los pájaros nocturnos, coreado por el de la lechuza. Entonces Moi acudía al consejo nocturno de su grupo y oía



a los más ancianos narrar viejas y extrañas historias. Escuchaba las leyendas de tantos seres fabulosos que no podía evitar algún que otro estremecimiento, a pesar de su juventud. Y es que los jóvenes castores se reían de los más viejos y les reprochaban su credulidad. No existían esos animales fantásticos, como aquel del que se decía que corría a grandes velocidades mientras rugía espantosamente; o aquel otro que disponía de colmillos más largos que los de Kin, el lince, y de una pesada trompa, y cuyo tamaño era tan grande como el de los más altos chopos. ¡Ah! Y una verdadera fantasía era la existencia de ese sanguinario Ma, que tenía poder sobre el trueno y el rayo, de los que se servía para matar a sus víctimas. Todos sabían que ni el más poderoso del bosque, el Gran Hermano, era capaz de dominar al trueno; y hasta debía doblegarse ante la lluvia, que descendía o desbordaba a voluntad su cauce. No, los jóvenes no creían en esas fantasías de lejanas tierras. Eran supercherías sin fundamento. Las protestas de los ancianos castores nunca eran atendidas, ni siquiera respetadas. Y todas las noches optaban al fin por irse a dormir renegando de esa absurda juventud que despreciaba su sabiduría creyendo saberlo todo.

Rielaba la luna llena en las aguas tranquilas del río y el silencio del bosque apagaba todas las voces que no fueran las de los animales nocturnos. Al compás de la casi imperceptible brisa bisbiseaban las hojas por el movimiento continuo de sus haces verdes y sus plateados enveses. Cerrábanse las flores al arrullo del canto metálico de los grillos, bañados por los rayos de luna que se filtraban a través de la hojarasca.

Desde su refugio construido con barro y ramitas en la isla del centro de la corriente, Moi y sus hermanos escuchaban, antes de que llegase el sueño, la débil resaca de las olas diminutas que se retiraban de la orilla. El Gran Hermano continuaba hablando al pequeño castor, cuyos sueños eran siempre arropados por la tranquilidad del rumor de las aguas. Hasta que, envuelta en nuevas ilusiones, regresaba el alba, apagando todo temor que la huida del sol provocara. Moi ya no desconfiaba de su reaparición, como hacía Klaus, el coyote, que seguía pensando cada noche que la luna no era más que el sol moribundo, derrotado por un misterioso y maligno enemigo. El castor podía oír el impresionante lamento del coyote rasgar todas las noches el silencio de la espesura. Su aullido era tan lastimoso, y estaba tan lleno de presagios

funestos, que Moi no podía evitar en ocasiones un estremecimiento de horror, al que pronto se sobreponeía, sin embargo, porque tenía la certeza de que el sol no moría, sino que marchaba hacia ignotos lugares. El Gran Hermano, cuyo curso era infinito, se lo había contado. Y gracias a él sabía que, pese a la negrura de la noche, el sol siempre volvería cargado de calor y de luz esplendente; así como, tras cada invierno, volvía la primavera con su morral inagotable, esparciendo semillas de vida.

Así discurría una luna tras otra la vida de Moi y de todo el bosque. Hasta que un día, poco después de haber comenzado la estación seca, la monotonía apacible del bosque se vio turbada por una gran conmoción. La noticia corrió como las llamas de un incendio y pronto no quedó nadie sin haberse enterado de la mala nueva. Moi fue uno de los primeros en darse cuenta: el Gran Hermano estaba enfermo..., muy enfermo. Sus aguas, antes limpias y claras, ahora descendían turbias y cenagosas. Su aroma fresco y suave se transformó de repente en un hedor insoportable. Los juncos de la orilla fueron rodeados por un lodo espeso, al tiempo que los remansos se llenaban de suciedad. Nadie sabía lo que le sucedía al Gran Herma-

no. Ni siquiera Moi, ya que su amigo enmudeció y no pudo contarle la causa de su mal.

Pasó el tiempo y el río empeoró aún más. Empezaron a flotar en sus aguas peces muertos y muchos seres enfermaron cuando trataron de apagar su sed. Incluso dos pequeños castores de la tribu de Moi fueron invadidos de un mal que ni los más ancianos sabían cómo curar. Moi lloraba con desconsuelo todas las tardes, encaramado en la presa de los castores. No podía oír la voz de su gran amigo, pero sentía cómo también él lloraba, máxime cuando sus orillas empezaron a quedar desiertas. En efecto, casi todos los seres que antes habían gozado en su corriente se



introducían ahora en el bosque a la busca de los ocultos manantiales. Las plantas que adornaban sus márgenes enfermaban igualmente y sus flores se volvían mustias e inclinaban sus tallos, ya sin fuerza. El río estaba muy triste y Moi lo sabía. Él mismo lo estaba. Pero... ¿qué podía hacer él?

A alguien se le ocurrió recurrir a Kalú, el búho, el más sabio de todo el bosque. Kalú vivía en las profundidades de la espesura, en el tronco hueco del árbol más antiguo. Hacia allí se dirigieron algunos castores, deseosos de que la sabiduría de Kalú les revelara la causa del misterioso mal del Gran Hermano.

Kalú los miró con sus grandes ojos y permaneció en silencio un largo tiempo. Estaba pensativo, indeciso.

—Mi ciencia —dijo al fin— es empírica; la he ido cosechando a lo largo de mis innumerables años de vida. Todo lo que he visto o me han contado podría transmitírsele. Pero hay cosas que parecen inexplicables. El mal que aflige a nuestro Gran Hermano lo es, porque nunca, en mi larga vida, ha ocurrido algo semejante. Por eso no puedo develarles las causas que me piden.



—Entonces... —preguntó un viejo castor—, ¿habremos de permitir que muera nuestro Gran Hermano? ¿No podemos hacer nada por aliviar su enfermedad?

—Nada —contestó Kalú—, excepto una cosa. Solo hay un medio de salvarlo. Es preciso averiguar de dónde procede su enfermedad o qué la alimenta. Para ello alguien ha de remontar su curso hasta encontrar la herida. Sabiendo qué la produce podremos actuar de alguna forma para devolverle la vida.

Los castores se despidieron apesadumbrados del sabio Kalú, el búho. Ni él mismo podía saberlo todo; ni encontrar un remedio... El río moriría sin que ellos pudieran evitarlo.

Aquella noche el consejo de los castores estuvo muy agitado. Todos querían hablar y lo hacían atropelladamente, quitándose la palabra unos a otros. Moi era partícipe de la preocupación general, pero la suya no era igual a la de los demás. Sus hermanos castores lloraban porque la muerte del río acarrearía inevitablemente la de ellos. Había que salvarlo, pero para preservar sus propias vidas. Moi, en cambio, estaba triste por no poder aliviar los dolores de su amigo, a quien tanto quería. No podía soportar más los gemi-



dos de su Gran Hermano, y ansiaba escuchar su voz cantarina y alegre.

—Bien —dijo un viejo castor—. La única solución es la que nos dio Kalú. Alguien tiene que ir río arriba hasta encontrar la causa de este gran mal que nos aflige.

—Sí —gritaron todos a coro—. Eso debe hacerse y eso haremos.

—Pero... —interrumpió uno—, ¿quién ha de ser el que vaya?

Moi no levantó la cabeza, pero en ese momento supo que toda la reunión tenía sus ojos puestos en él. ¿Acaso no se había jactado siempre de ser el mejor amigo del Gran Hermano? A él y a nadie más corres-

pondría marchar lejos y descubrir un remedio para su curación. Eso pensaba, y al mismo tiempo despreciaba a sus hermanos. Sabía que tenían miedo y que nadie se ofrecería voluntario para realizar tan aventurado viaje porque preferían que otro lo hiciera.

—Está bien —gritó, tan fuerte que todos pudieran oírlo—. Yo remontaré el curso del Gran Hermano y descubriré por qué está enfermo. Cuando lo haga sabremos qué hacer para curarlo.

Todos se pusieron muy contentos y nadie tuvo remordimientos por dejarlo marchar, teniendo en cuenta su extremada juventud. Los ancianos le dieron mil consejos y se atrevieron a aventurar sus hipótesis sobre las posibles causas de la enfermedad del río.

—Quizá hayan sido los osos los culpables —dijo uno—. Río arriba hay grandes manadas y suelen divertirse arrojando al agua tierra y plantas podridas.

—O tal vez —arguyó otro—, el mal proceda de la región de las plantas venenosas. Son pérfidas, y con su veneno podrían matar al Gran Hermano, que discurre entre sus raíces.

—O de la región de los pantanos —aseguró un tercero.